Concilio Vaticano II: Génesis de una propuesta revolucionaria

Buscando dar mayor participación en la conducción de la Iglesia, hace 50 años el papa Juan XXIII sorprendió a la cristiandad al anunciar un concilio ecuménico para evangelizar el mundo moderno, asumiendo sus desafíos como una urgencia de la caridad.

Claudio Rolle

Doctor en Historia; Universidad degli Studi di Pisa

A un mes de su primera bendición *Urbi et orbe* en Navidad, el recién elegido papa Juan XXIII sorprendió al mundo católico y al resto del planeta con el anuncio de la convocatoria a un concilio ecuménico, el vigésimo primero según la tradición de la Iglesia católica. Era el domingo 25 de enero de 1959. Se celebraba la fiesta de la conversión de san Pablo y fue justamente la Basílica de San Pablo Extramuros el lugar que escogió para realizar su revolucionaria comunicación. En su breve alocución a los cardenales, conocida como *Questa festiva ricorrenza*, se refería en parte a la figura del apóstol de los gentiles y se ocupaba de los temas de la urbe —es decir, de la diócesis de Roma de la que era pastor desde el 4 de noviembre de 1958, cuando fue coronado como papa— y del orbe, al convocar al nuevo concilio ecuménico.

El Pontífice estaba consciente de que, dada su edad, su período como vicario de Cristo sería probablemente breve. Por ello mostró desde el momento mismo de su elección un estilo nuevo de conducción de su actividad como pastor y como conductor de la nave de Pedro. Ya desde la forma en cómo escogió su nombre de pontífice había dado señales de originalidad, las que confirmó mostrándose como un pastor muy humano y sencillo, esencialmente próximo a los más débiles y sufrientes. Se hizo evidente que había llegado al Vaticano un hombre con una trayectoria diferente a la que había primado por largo tiempo en la Curia. Menos formal y rígido que su antecesor, desprovisto del sentido de la solemnidad personal, sin lesionar por ello la jerarquía del cargo desempeñado, Juan XXIII comenzó a ser considerado desde esa temprana fecha como el "Papa bueno". Hizo visitas a hospitales o prisiones, mostrándose como alguien próximo y sencillo. A menos de dos meses de su elección, ya había ganado un lugar único en el corazón de los romanos y comenzaba a conquistar al mundo a través de las agencias de noticias.

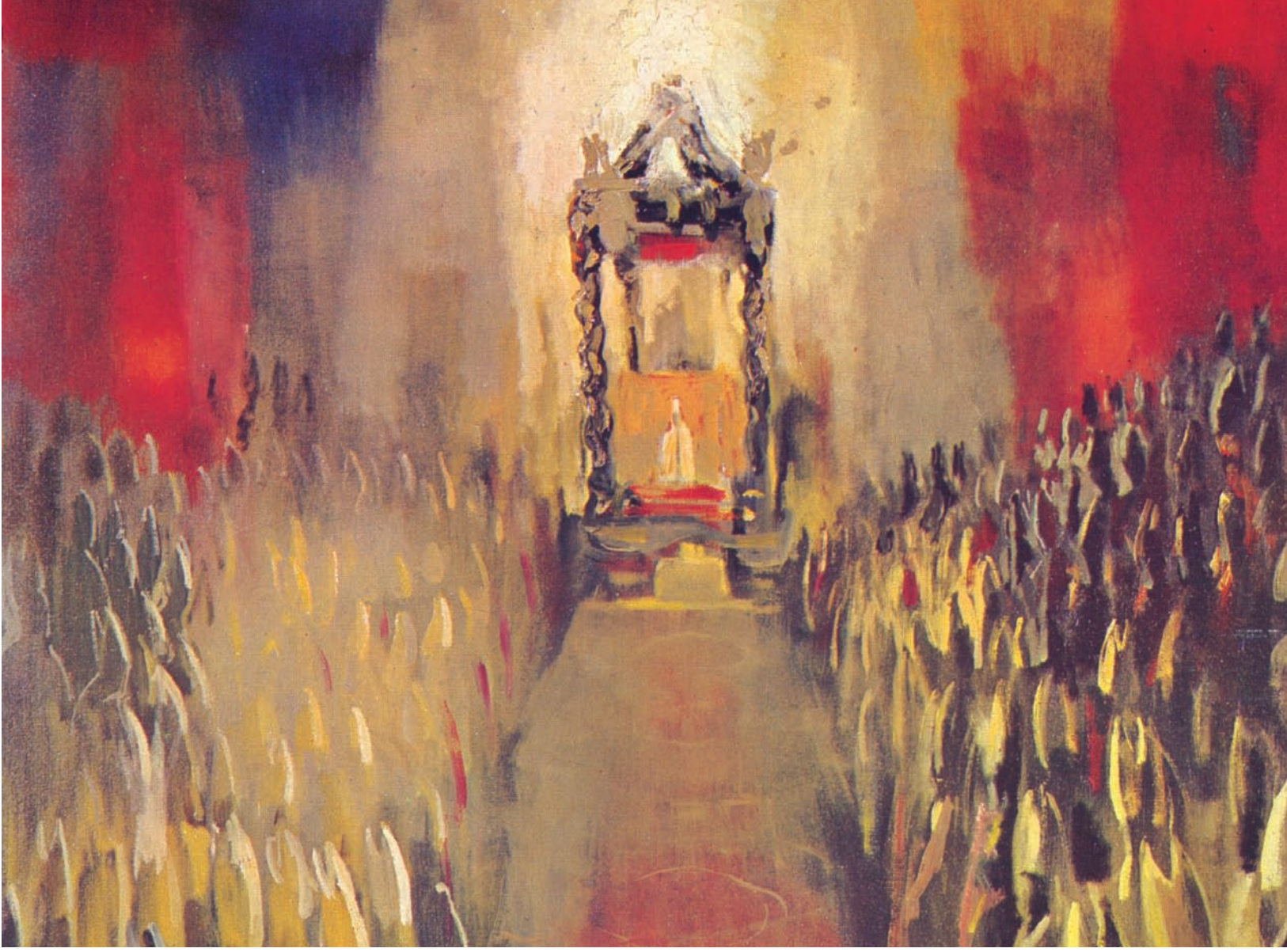
El rasgo original de Juan XXIII alcanzará un punto culminante con la convocatoria al Concilio Vaticano II. Este fue el momento inicial de la incruenta pero profunda trasformación de la Iglesia católica que tiene en 1962, con la apertura del Vaticano II, su año liminar.

AIRES DE REVOLUCIÓN

El año 1959 se inició el jueves 1º de enero con noticias de revolución, al conocerse informaciones sobre los guerrilleros que desde la Sierra Maestra descendían para entrar a La Habana. Triunfaba la Revolución Cubana y con ello el escenario de la *Guerra Fría* se haría más complejo y difícil.

Esa ofensiva había comenzado pocos meses antes, en la misma época en que la Iglesia recibía la elección del nuevo Pontífice. El 28 de octubre de 1958 había sido elegido Angelo Giuseppe Roncalli, Juan XXIII. Con casi 77 años de edad, se pensaba que el suyo sería un pontificado de transición para administrar el legado del extenso período de Pío XII, de cerca de veinte años. Sin embargo, el nuevo Papa se revelaría prontamente como revolucionario al sorprender, antes de los tres meses de haber asumido, con la convocatoria a un sínodo para la diócesis de Roma, un Concilio universal y una reforma al Código de Derecho Canónico. Se hacía evidente que su período no sería un espacio de mera administración sino de propuestas y cambios sustantivos.

Desde su elección, se mostró particularmente activo. Así, el 15 de diciembre de 1958 tuvo su primer Consistorio, donde nombró 23 nuevos cardenales, encabezando la lista el arzobispo de Milán, Giovanni Batista Montini, quien algunos años más tarde sería Paulo VI. Con esta primera nómina, el papa Juan alteraba la práctica de tiempos de Sixto V, a fines del siglo XVI, que limitaba el colegio cardenalicio a 70 miembros. Su argumento era que el número de fieles había aumentado exponencialmente y la acción de la Iglesia se había extendido por todo el orbe. Nominó por eso a varios cardenales no europeos y a responsables de órdenes religiosas que trabajaban en las misiones. Era una forma de actuar decidida y libre, rasgos que caracterizaron su pontificado.



Además, restableció la figura del cardenal Secretario de Estado —que Pío XII había desechado—, repuso la práctica de las audiencias papales y promovió un sistema colegiado de conducción de la Iglesia, contrastando fuertemente con el sello más personalista del Papa anterior. En los años sucesivos, Juan XXIII realizaría otros cuatro consistorios con el consecuente aumento del colegio cardenalicio que, a su muerte, contaba con 87 miembros. Entre ellos figuraban el primer cardenal negro, el tanzanio Laurean Rugambwa, además de un cardenal japonés y otro filipino.

SALIR AL ENCUENTRO DEL MUNDO

El Papa había desarrollado antes de su elección una larga carrera diplomática y luego, por cerca de cinco años, había sido Patriarca de Venecia, de manera que era un hombre abierto al mundo y la cultura. En esas tres décadas de servicio a la Iglesia se había preocupado de manera especial por la promoción de la paz y demostró una muy nítida capacidad de comprender a otros, cualidad puesta a prueba en escenarios que eran difíciles por razones histórico culturales, como sus destinaciones diplomáticas en Bulgaria, Turquía o Grecia. Igualmente, en Francia logró conducir con decisión y acierto el complejo escenario de los obispos que habían sido colaboracionistas. En Venecia, junto a su actividad pastoral, exhibió una notable apertura al arte y la cultura moderna. Había en Juan XXIII, desde antes de ser Papa, una voluntad de salir al encuentro del resto del mundo, de comprender la época contemporánea y de mirar la modernidad sin recelos ni miedos.

Es significativo que al iniciar su pontificado escogiera como tema de su homilía de la coronación el pasaje bíblico que da nombre a ese texto, *Ego sum Joseph, frater vester*, evocando la acogedora figura de José que se reencuentra con sus hermanos. En esa ocasión presentaba su idea de lo que debía ser la tarea del Pontífice, diciendo: "En realidad, el nuevo Papa, al pasar por los varios acontecimientos de la vida, es como el hijo de Jacob, quien, uniéndose a las tribulaciones humanas de sus hermanos, les descubre la bondad de su corazón y, deshaciéndose en lágrimas, les dice: *Yo soy vuestro hermano José*". Y añadió luego: "Deseamos sobre todas las cosas insistir en que tenemos en el corazón, de manera especialísima, nuestra misión de pastor de todo el rebaño. Las otras cualidades humanas —la ciencia, la sagacidad

Juan XXIII se diferencia de actitudes reaccionarias que llevan al rechazo de esa modernidad. Propone ir al encuentro de ese mundo que parece lejano, renovándose y dando nuevos espacios para la expresión del amor fraterno.

y el tacto diplomático, las cualidades organizativas— pueden servir de embellecimiento y de complemento para un gobierno pontificio, pero no pueden sustituirlo de ningún modo".

Juan XXIII estaba dispuesto a honrar ese programa que él mismo propusiera. La ocasión llegó en la fiesta de la conversión del santo que abrió el cristianismo a todo el mundo. Luego de la misa y la homilía dedicadas a san Pablo, el Papa elaboró su alocución para los cardenales y, tras una rápida revisión de la situación del mundo que le tocaba vivir, se decidió a realizar la propuesta del Concilio. Lo comunicaba así en la mencionada alocución *Questa festiva ricorrenza*, en donde establece con claridad que, "reflexionando el doble deber confiado a un sucesor de san Pedro, aparece de súbito su doble responsabilidad de obispo de Roma y de pastor de la Iglesia universal". A partir de esta, se hace cargo de dificultades y desafíos propios de la diócesis romana y de la exigencia de actuar con prontitud para atender las necesidades de sus fieles más próximos. Pero también sabe —y lo explicita en su alocución— que su misión apunta al mundo entero y por ello realiza un breve pero significativo balance de la situación de la Iglesia en la modernidad, sus falencias y males. Juan XXIII se diferencia de actitudes reaccionarias que llevan al rechazo de esa modernidad y a la toma de posiciones defensivas al atrincherarse en la doctrina y tomar distancias de un mundo que se hace ajeno. Propone una vía revolucionaria. Propone ir al encuentro de ese mundo que parece lejano, renovándose y dando nuevos espacios para la expresión del amor fraterno.

Luego de una atenta mirada a la diócesis de Roma y al estado del mundo, Juan XXIII declara ante los cardenales: "Esta comprobación despierta en el corazón del humilde sacerdote que la clara indicación de la divina Providencia ha conducido, aunque indignísimo, a esta altura del supremo pontificado; despierta, decimos, una firme resolución de renovar algunas formas antiguas de afirmación doctrinal y de sabias ordenaciones de disciplina eclesiástica que dieron, en la historia de la Iglesia, en época de renovación, frutos de extraordinaria eficacia para el estrechamiento de la unidad religiosa, para la más viva llama del fervor cristiano, que nosotros continuamos reconociendo, aun con referencia a la vida aquí abajo, riqueza abundante *de rore caeli et pinguedime terrae (de rocío del cielo y grosura de la tierra)* (*Gen* 27, 28)".

Con la preocupación de quien cree tener poco tiempo, el Papa realiza entonces una propuesta concreta para llevar adelante el programa apenas delineado. El Pontífice tiene conciencia de que está dando un paso trascendental y así lo comunica: "¡Venerables hermanos y queridos hijos! Pronunciamos delante de vosotros, a la verdad temblando un poco de conmoción, pero a la par con humilde resolución de propósitos, el nombre y la propuesta de una doble celebración: de un sínodo diocesano para la urbe y de un concilio ecuménico para la Iglesia universal".

"INESPERADA, IMPREVISTA Y SORPRENDENTE"

La propuesta del papa Juan fue "inesperada, imprevista y sorprendente", como señala el historiador Giuseppe Alberigo. Varios contemporáneos y protagonistas de lo que sería el Concilio Vaticano II dan testimonio en este sentido. "La iniciativa de Juan XXIII de convocar un concilio nos sorprendió a todos", anota el cardenal Leo Josef Suenens en sus memorias, y el cardenal Franz König recordó que el anuncio del concilio "era algo tan inesperado, nuevo y extraordinario" que lo dejó "casi estupefacto". Incluso en la misma Curia romana y en *L'Osservatore Romano* la perplejidad fue grande ante la convocatoria. De hecho, el órgano de prensa nunca publicó íntegro el texto de la alocución a los cardenales. En efecto, preocupado de otras prioridades ligadas a la "Iglesia del silencio" y los problemas de la *Guerra Fría*, no captó la importancia y trascendencia del anuncio del 25 de enero. En la edición correspondiente a los días 26 y 27 de ese mes, el diario vaticano publicó una breve nota oficial. En ella se indicaba que el Papa había hablado a los cardenales presentes de su experiencia en los tres primeros meses de su pontificado, como Obispo de Roma y como Pastor de la Iglesia universal, haciendo referencia a los peligros que amenazaban la vida espiritual de los fieles. La nota añadía sucintamente que "para hacer frente a las presentes necesidades del pueblo cristiano, el Sumo Pontífice, inspirándose en las costumbres seculares de la Iglesia, ha anunciado tres acontecimientos de la máxima importancia, esto es: un Sínodo Diocesano para Roma, la celebración de un Concilio Ecuménico para la Iglesia universal y la puesta al día —la nota usa la palabra *aggiornamento*— del Código de Derecho Canónico, precedida de la próxima promulgación del Código de Derecho Oriental".

Los orígenes de esta propuesta conciliar han dado pie a un amplio debate. Hay quienes sostienen que ya en tiempos de Pío XII se había pensado en un proyecto de Concilio, que se manejó con la mayor reserva en el círculo más estrecho de ese Papa. Pero se puede deducir que se trataba de un proyecto muy diferente del que llevaría adelante Juan XXIII, pues el diseño conciliar de Pío XII sería esencialmente centralizador, disciplinario y reactivo frente a los peligros del mundo moderno.

VISIÓN ECUMÉNICA

Juan XXIII era un buen conocedor de la historia de la Iglesia, en especial del Concilio de Trento, y sabía de la envergadura de lo que estaba proponiendo. Su anuncio se venía gestando desde hacía largo tiempo, aunque cuando fue elegido Papa no había alcanzado aún la claridad necesaria para comunicarlo. Él veía como una necesidad prioritaria un cambio de actitud de la Iglesia frente al mundo moderno. A casi un siglo de la encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus* de Pío IX, el nuevo Pontífice sentía la necesidad de volver a encontrarse con los desafíos de su presente y el futuro, sin rechazar a quienes piensan distinto, sino buscándolos con amor. La visión de Juan XXIII era por ello esencialmente ecuménica y buscaba desde los inicios de su pontificado acercarse a otras iglesias cristianas y comprender a los hombres de buena voluntad, aquellos a quienes también dirigirá unos años más tarde su última encíclica.

Loris Capovilla, secretario de Juan XXIII, ha escrito que "el Concilio (…) brotó, como flor inesperada, a los apenas tres meses de la elección del papa Juan. Pero estaba en su corazón como una semilla cuando, fielísimo secretario al lado de monseñor Giacomo Radini Tedeschi, obispo de Bergamo, le asistía". Y el propio Juan XXIII en diversas ocasiones se refirió a la génesis de este gran acontecimiento. En abril de 1959 decía: "El Concilio Ecuménico, para cuyo anuncio escuchamos una inspiración, de cuya espontaneidad sentimos, en la humildad de nuestra alma, como un toque imprevisto e inesperado…". Y el 5 de junio repite: "Lo tuvimos por inspiración divina, como flor de una inesperada primavera". En un ámbito más formal, en la inauguración del Concilio en octubre de 1962, señalaba: "La primera idea de este Concilio nos sobrevino de modo totalmente imprevisto y después la expresamos con simplicidad ante el sacro colegio de los cardenales reunido en la Basílica de san Pablo Extramuros, aquel feliz día del 25 de enero de 1959". A estas impresiones propias se suman muchas otras que destacan el valor de su gesto de 1959. Así, monseñor Giovanni Colombo, arzobispo de Milán, escribió en 1990 que el Concilio le parecía fruto, "más que de la prudencia humana (que quizá no habría tenido el valor de convocarlo), de una ráfaga de carismas totalmente inesperados que impulsó el corazón bueno y cándido del papa Juan XXIII y le movió la lengua".

> En la misma Curia romana y en *L'Osservatore Romano* la perplejidad fue grande ante la convocatoria. De hecho, el órgano de prensa nunca publicó íntegro el texto de la alocución a los cardenales.

Expresión de inspiración y de libertad del pontífice, Juan XXIII quiso invitar a toda la cristiandad a reflexionar sobre las formas de vivir el Evangelio en el mundo moderno, haciendo partícipes a muchos de las resoluciones que el Concilio tomaría, pidiendo consejo y escuchando sugerencias, pensando en la Iglesia como la comunidad de Cristo en la que todos participan, abriendo los brazos de ella a toda la humanidad. Era un gesto rupturista y revolucionario que cambiaría la historia del mundo católico contemporáneo. Como tantas veces, momentos mínimos originan grandes trasformaciones y por ello vale la pena proponer la lectura, a cincuenta años, de esa alocución iniciadora de una nueva época en la historia de la Iglesia. **MSJ**